



Mujeres y hombres frente al desempleo. El caso español en la primera crisis del siglo XXI. Empar Aguado Bloise

1. Introducción

El libro de Empar Aguado Bloise es un análisis detallado y escrupuloso del desempleo como categoría amplia y compleja en torno a la crisis económica global de 2008. El texto se estructura en tres partes claramente delimitadas que facilitan la accesibilidad a la información generada: en la primera se establecen las bases teóricas y metodológicas de la investigación además de la propuesta analítica, en la segunda se profundiza en las diferencias que hay en la categoría del desempleo en función del género y en la última se explora el efecto del paro ante una sociedad en la que el empleo sigue siendo uno de los principales ejes que articulan la vida. El mérito y la calidad de la obra es incuestionable. En primer lugar, por la ambición desplegada y llevada a buen término al analizar desde los aspectos más estructurales y cuantificables hasta las vivencias más microsociológicas y subjetivas del fenómeno del desempleo. En segundo lugar, por la relevancia de la temática investigada, especialmente en un momento como el actual en el que todos los indicadores apuntan hacia una nueva crisis económica global, conocer la realidad y las características del desempleo incorporando una perspectiva de género se vuelve una necesidad imprescindible.

En el análisis se trabaja desde una conceptualización holística del trabajo en la que se tiene en cuenta tanto el trabajo asalariado como el trabajo reproductivo – de cuidados y doméstico. También se incorpora a la familia como unidad analítica teniendo en cuenta la distribución y el peso relativo de ingresos de cada miembro, el reparto de trabajo reproductivo y el carácter sexuado de las relaciones laborales. El trabajo asalariado sigue siendo un eje estructurante de la vida tanto por su valor expresivo en la construcción de la propia identidad como por su valor instrumental, al suponer la principal fuente de ingresos para la mayoría de las personas. Esto hace que las consecuencias del desempleo sean múltiples y afecten de forma directa, como ocurre con la pérdida de poder adquisitivo y estatus; y también de forma indirecta, en la reorganización de posiciones en las unidades familiares o el impacto psicológico que produce. Explorar y analizar las vivencias y las consecuencias de la ausencia de trabajo asalariado permite establecer una radiografía de la vida en un contexto tan específico y relevante como fue la crisis económica de 2008.

2. Radiografía de una crisis laboral

España se caracteriza por un nivel de desempleo masivo y estructural constante en las últimas décadas que se ve intensificado en períodos de crisis. El análisis del libro

se centra en el período comprendido entre 2005 y 2016, diferenciando **tres tramos**: El primero corresponde a los años previos a la crisis económica y hasta 2007, año en que la tasa de paro desciende hasta el 8,5%. El segundo se da entre 2007 y 2013, año en el que se alcanza el máximo histórico de 26,1% en la tasa de paro. Por último, se analiza el período posterior a la etapa de destrucción neta de empleo, con una leve recuperación en términos netos que sitúa la tasa de paro en un 19,6% en 2016.

Partiendo de diversos indicadores, se observa que el desempleo afecta especialmente a la población joven y con menor nivel educativo, grupos que en períodos de bonanza económica encadenaban trabajos temporales que desaparecen ante la situación de crisis. En el período de mayor destrucción de empleo también se incrementan los porcentajes de **paro de larga duración**. En 2013 llega a representar al 58,4% de la población parada, porcentaje que se mantiene prácticamente estable en los años siguientes. Teniendo en cuenta la alta tasa de temporalidad en el mercado de trabajo español la precariedad laboral no es una novedad, no obstante, en tiempos de crisis el trabajo temporal se resiente convirtiendo al desempleo en una situación permanente y sin expectativas de cambio. Además, la porción de personas paradas con cobertura por desempleo desciende significativamente en la etapa de crisis, pasando del 77,0% en 2007 a un 47,3% en 2013, porcentaje que sigue descendiendo en años siguientes. Como vemos, todos estos datos configuran una imagen que muestra una **tendencia hacia la pauperización generalizada** de los hogares. Tampoco son poco frecuentes los casos en los que tanto hombres como mujeres jóvenes y de edades intermedias se han visto obligados a volver al hogar de los progenitores después de haberse emancipado.

Un aspecto transversal analizado a lo largo de todo el libro es el modo en el que operan el **género y la división sexual del trabajo**. Para ello, se analizan la tasa de empleo, la tasa de desempleo y la tasa de actividad. Estos indicadores permiten constatar que la destrucción de empleo afectó con más intensidad a los hombres que a las mujeres en la primera fase de la crisis, puesto que la destrucción de empleo se produjo principalmente en actividades productivas masculinizadas, como el sector de la construcción. Como respuesta a esta dinámica, las mujeres mayores de 25 años intensificaron su presencia en el mercado de trabajo para aportar al presupuesto familiar **como sustentadoras principales o como proveedoras de ingresos complementarios**. A este impulso también hay que sumarle la movilización motivada por el deseo de un mayor grado de autonomía económica y la búsqueda de identidad a través del empleo. De este modo, la Brecha de Género en la Tasa de Actividad se reduce considerablemente entre 2008 y 2013. A su vez, la Brecha de Género de la Tasa de Desempleo también se reduce en este período, pero hay que remarcar que esto no se debe a que las mujeres se encuentren una situación de mayor nivel de empleo sino porque hay más hombres que pierden sus puestos de trabajo. Sin embargo, a partir de 2013, y con más intensidad después de 2015, estas brechas vuelven a ampliarse puesto que el empleo masculino se beneficia más de los períodos de crecimiento económico. Poniendo el foco sobre la **calidad del empleo**, resulta evidente que las condiciones laborales de las mujeres suelen ser peores que las de los hombres. El empleo femenino se concentra en sectores de bajos salarios, escasas exigencias de cualificación y mayor nivel de informalidad y precariedad. De este modo, los ingresos familiares han tenido una tendencia claramente negativa durante la crisis. Además, aunque hay que tener en cuenta una alta polarización intragénero, las características del empleo femenino también suponen una menor protección ante el desempleo en términos generales.

Es importante tener en cuenta que las **políticas públicas** también juegan un papel fundamental. Después de una primera etapa de políticas expansivas, a partir de 2010 se adoptó una clara estrategia de carácter neoliberal de recorte en el gasto público ante la crisis. El impacto regresivo de estas políticas fue generalizado pero sus efectos sobre las mujeres fueron de especial intensidad por varios motivos: se intensificó la destrucción de empleo público – altamente feminizado – y se redujeron los servicios públicos y sociales de cuidados, imprescindibles para facilitar la conciliación. También conviene observar que los efectos de la vulnerabilidad económica tienden a ser mucho más graves para familias monoparentales y en 2015 el 81,3 por ciento del total de estas familias estaban formadas por mujeres con hijos. Los contextos de crisis también implican retrocesos en los avances en **políticas de igualdad** conseguidos en épocas de bonanza. En 2007 se aprobó la Ley Orgánica para la igualdad efectiva de mujeres y hombres, sin embargo, muchas de las garantías que establecía nunca llegaron a implementarse de forma generalizada. Un ejemplo de ello es la falta de negociación de Planes de Igualdad que eran obligatorios en empresas de más de 250 personas en plantilla; además, hasta 2019 no se produjeron nuevos avances en la legislación.

4. Vivencia del desempleo con perspectiva de género

La autora explora las profundas transformaciones que se están dando en la cultura de género y en la división sexual del trabajo empleando la crisis como una lupa que permite distinguir tendencias y vivencias que se potencian con las altas tasas de desempleo. Las mujeres siguen encontrándose en una posición estructural de desventaja que se evidencia en las prácticas desarrolladas en el ámbito doméstico. La mayoría rechaza la estructura familiar tradicional y su identidad personal se construye en buena medida a través de su identidad profesional, no obstante, sigue habiendo un reparto desigual del trabajo reproductivo y emocional en el hogar.

Aunque las **cohortes más jóvenes** tienen un comportamiento más igualitario, cuando el desempleo coincide con momentos del ciclo vital en los que la demanda familiar y de cuidados es mayor también se refuerza la división sexual. La división del trabajo doméstico es un proceso de constante negociación, no obstante, no es extraño encontrar casos en los que a pesar de que los dos miembros de la pareja se encuentran en situación de desempleo sigue existiendo un reparto desigual en las tareas domésticas y, sobre todo, de cuidados. Esto se observa claramente en los discursos, al ser habitualmente hombres parados los que tienen rutinas diarias más desestructuradas y experimentan un aumento del tiempo “libre” o “vacío”. Por otro lado, las mujeres desempleadas se ven con mayor frecuencia en situación de “**paradas que no paran**”, ya sea por un aumento en las cargas del trabajo reproductivo o por otras actividades como la formación o el voluntariado. Otros rasgos sociodemográficos como la edad o el nivel de estudios también influyen, siendo las personas más jóvenes y las que tienen un menor nivel de estudios las que tienen una vida más desestructurada al verse desempleadas. En cualquier caso, sin duda el género es una variable clave para el análisis de la distribución del tiempo de actividades de trabajo, de cuidados y de ocio.

Poniendo el foco sobre el **trabajo de cuidados y la crianza**, también se observan importantes diferencias entre hombres y mujeres. El nacimiento de un bebé suele ser un punto de inflexión para el refuerzo de los roles de género tradicionales y tiende a acentuar las asimetrías y la intensificación del trabajo femenino. Esto se observa

especialmente en un contexto de crisis en el que las familias se ven obligadas a implementar prácticas de “ingeniería financiera” que limitan las posibilidades de externalizar este tipo de trabajos. El rol de las abuelas como “**cuidadoras eternas**” en estos casos también se vuelve central. Tanto por su disponibilidad para asumir parte de las tareas del trabajo reproductivo como por las contribuciones económicas que en algunos casos pueden hacer a la economía familiar, se convierten así en el sostén material y anímico de las personas paradas de edad inferior e intermedia.

Ajustándose a la cultura tradicional de género, resulta más habitual encontrar en las mujeres discursos en los que el desempleo se ve como una oportunidad para la maternidad mientras que los hombres tienden a **autoculpabilizarse** y a considerar la falta de empleo como un fracaso de su responsabilidad. Es menos frecuente que los hombres desempleados encuentren en las responsabilidades familiares una sustitución del trabajo remunerado satisfactoria por lo que el paro produce un impacto mayor sobre su salud y estado psicológico. Las transformaciones en el empleo durante la crisis han generado un fuerte impacto sobre las identidades y los roles masculinos tradicionales basados en la fórmula del “**varón proveedor**”. La situación laboral y el nivel de ingresos tienen una relación inversa con la dedicación al ámbito doméstico, por lo que el desempleo de los hombres se enfrenta a la división sexual del trabajo. El reajuste en el pacto conyugal cuando un hombre se encuentra en situación de desempleo es un potencial generador de conflicto, sobre todo a raíz de la exigencia femenina por un reparto más equitativo del trabajo. La **educación** también es una variable interesante en este sentido puesto que en las mujeres un mayor nivel educativo se corresponde con un menor porcentaje de tareas del hogar, mientras en los hombres ocurre lo contrario.

La cultura tradicional de género también se observa en los **sentimientos de culpa** que experimentan muchas mujeres al enlazar el espejismo de la maternidad responsable con la falsa elección entre el empleo y la familia, sobre todo en un mercado de trabajo que exige plena disponibilidad. Este sentimiento de culpa se convierte a veces en una sensación de “**doble fracaso**” cuando se llega a una situación de desempleo. No obstante, sobre todo en mujeres jóvenes, se llega a sentir un profundo sentimiento de **frustración ante la pérdida de empleo**, con independencia de que esto pueda suponer una mayor dedicación a la crianza. El trabajo asalariado puede llegar a ser muy valorado por las mujeres al crear un entorno para socializar y experimentar un sentido de crecimiento personal que permita construir una identidad propia alejada de la categoría de “ama de casa” y al margen de la familia. En mujeres jóvenes y en tramos de edad central con un mayor nivel educativo la dimensión profesional expresiva se vuelve más relevante, algo que también se observa en los hombres de edad central y niveles de estudios intermedios. En las franjas de edad superior, tanto hombres como mujeres viven el trabajo en su sentido más instrumental, se revaloriza la función económica del mismo teniendo en cuenta la preocupación que origina la cercanía a la jubilación.

5. Reflexión final

La mayor fortaleza e innovación del análisis es la combinación entre el enfoque macrosociológico y el microsociológico de la vida cotidiana. Revisar y extraer conclusiones de los indicadores estadísticos sobre el empleo y la ausencia del mismo

es fundamental pero únicamente con una muestra cualitativa tan extensa y precisa como la abordada por la autora se pueden desentrañar las vivencias que se esconden tras los números de la precariedad.

Se podría reprochar que no se haya comenzado a incluir la riqueza discursiva acumulada del trabajo de campo cualitativo desde los primeros capítulos del libro, no obstante, al generar primero un marco teórico, conceptual y estadístico amplio, los análisis posteriores se vuelven mucho más claros y ricos. A medida que se avanza en las páginas, las historias, anécdotas y emociones expresadas por las personas entrevistadas resuenan en nuestro imaginario colectivo de lo que fue la crisis. En mayor o menor medida, cualquiera que vivió ese período se puede identificar a título personal o a través de referentes cercanos con los testimonios expuestos. Se demuestra un alto grado de empatía a través de los análisis evidenciando el problema estructural del desempleo desde lo personal, lo íntimo y lo familiar. Esta aproximación ha sido fundamental para comprender las consecuencias reales de la destrucción masiva de empleo en los primeros años de la crisis, que incidió con más intensidad sobre el trabajo masculino e impulsó a más mujeres a ocupar la posición de sustentadoras principales o a buscar fuentes complementarias a los ingresos familiares. Sin un análisis desde el terreno sería imposible observar la precariedad de los trabajos a los que acceden las mujeres y los efectos que esta transformación ha tenido y sigue teniendo sobre la división sexual del trabajo asalariado y reproductivo.

Stribor Kuric Kardelis
striborkuric@ucm.es